

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Devastadora crónica

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Esta historia impresiona. Mucho. No sabría decir exactamente el porqué, aunque se supone que una historia debería impresionar a un crítico por su contenido sin más, siempre y cuando ese contenido estuviera garantizado por su rango estético, por su belleza formal. Todo ello ocurre en la novela autobiográfica de la escritora argentina Camila Sosa Villada (Córdoba, 1982), *Las malas*. Puede servir lo que aparece en una de las solapas del libro. La autora, que estudió en la universidad cuatro años de Comunicación Social y otros cuatro de licenciatura de Teatro, fue prostituta, mucama por horas y vendedora ambulante. Y parece que el especial timbre de su voz le permite cantar en bares.

Las malas es una devastadora crónica de la vida de unas travestis en la ciudad de Córdoba, entre las cuales se encuentra la propia autora. Es la crónica permenorizada de unas vidas ruidosas en torno a la Tía Encarna y su hotel. La vida de cada una de ellas es un infierno diario solo paliado por la generosidad de la Tía Encarna. Estamos en el corazón del mundo del travestismo. Desamparado, despreciado y agredido. Lo agreden el entorno social y las instituciones, entre ellas la policial, con especial crueldad. Hay una frase que se queda grabada: "Nuestro cuerpo es nuestra patria". No hace mucho comentó en estas páginas una novela donde también se habla del cuerpo: *Boulder*, de Eva Baltasar. El cuerpo al que se alude en ella es el indeterminado, el cuerpo metafórico, no menos necesario de defender. Mientras que el cuerpo

de Sosa Villada son muchos, concretos, apaleados, llenos de moretones, sanguinolentos. Pero es el cuerpo que se tiene y es el que hay que proteger cueste lo que cueste.

Y les puedo asegurar que cuesta mucho, según Camila. Otra frase: "El mundo del deseo no es todo lo luminoso que se cree". Yo también lo creo después de leer este libro. Algo sobre su final. Leyendo a Sosa recordé el ensayo de Frank Kermode *El sentido de un final* (que su editor, Enrique Lynch cree, con acierto, que se debió traducir como *Por qué es preciso que todo acabe*) porque *Las malas* adquiere su luminoso sentido precisamente con su final.

Las malas
Camila Sosa Villada
Tusquets, 2020
240 páginas, 18 euros



Retrato del escritor argentino Marcelo Luján.

NARRATIVA

Mira, está sangrando

La prosa de Marcelo Luján en *La claridad* es un toro que va aplastándote el pecho hasta que apenas puedes leer

POR CARLOS ZANÓN

Marcelo Luján (Buenos Aires, 1973) estuvo dando vueltas durante tres años a *La claridad*, con el que ha ganado el prestigioso Premio Ribera del Duero. El proyecto en forma de libro consiste en una selección de seis cuentos, nacidos de su anterior novela, *Subsuelo* (2015), que consiguió acomodo unánime en lectores y jurados del género negro. Esa novela contenía la esencia de Luján: fascinación por hacerle mirar el accidente, contemplar miedo y herida en el otro sin intención alguna de llamar a ambulancia o policía.

La claridad puede leerse como una serie de dioramas colocados sobre el álbum de fotos que fue *Subsuelo* u obviar la novela. En ambos casos, el placer de la lectura seguirá intacto. La mirada de Luján es negra y por eso el destino de los personajes está marcado y hasta el narrador en algunos cuentos se permite anticiparlo. Todo para que el lector no olvide que no hay ninguna posibilidad de escapar. Pero la novedad en *La claridad* es que Luján decide entrar en el género fantástico. Aunque lo haga empeñado en no soltarse de la mano de la crueldad percibida como realista. Quizás tema perder ese vínculo como si eso fuera lo que imanta a su lectura —mira: está sangrando— cuando es la gestión literaria de la posibilidad de lo que puede suceder lo que gana siempre que confía en sí mismo y en el lector. La prosa del argentino se convierte en un toro que va aplastándote el pecho hasta que apenas puedes leer. En el *noir* de Marcelo Luján no hay lugar donde esconderse. El arrojado del autor ha sido probarse con un género donde el terror no necesita que miremos el accidente, sino que presintamos al fantasma.

En el primero de los cuentos, dos mujeres en bicicleta y un narrador inmisericorde. Soberbia manera de iniciar *La claridad*. El mal aquí llega en forma de manada. El castigo de la

víctima por ser víctima. Luján no nos pregunta: nos obliga a mirar. Hay traición y redención disparatada, cobardía. Puro *noir*. El segundo también es realista: violencia, familia y destino. En este caso, de juguetes rotos en el suelo de casa, madre e hijo. Crueldad, desesperación, salir a buscar a la calle una sombra o cómo se crea un espectro. El tercero, ya de temática fantástica, es el único escalón que cruje de la escalera. Pero será en el cuarto cuento —el mejor junto con el que cierra el libro— cuando la negociación parece caer del lado del bonaerense afinado en Madrid desde 2001. ¿Qué sucede cuando una mujer que no debió volver a nuestra clínica veterinaria trae una mascota enferma y ésta muere a la chica de nuestros sueños? La fascinación y el terror masculino ante la mujer que queremos que sea y no sea pantera o que quizás sólo sea una víctima de nuestros deseos. En el quinto cuento, Luján entra sin avisar en la habitación de Mariana Enriquez y esta esconde bajo la almohada el libro de Stephen King que andaba leyendo. Historia de miedos y vergüenzas adolescentes. Pero el final ocurre dos veces, nos sobran testigos que determinen que se trata de un cuento fantástico como si el cuentista no confiase en nuestra inteligencia como lectores. Llegamos al final, el sexto, y nos ciega la claridad y el talento de Luján. Otra madre muerta, otra adolescente perdida, búsqueda de identidad y una herida, fortuita esta, que sangra como una pista que nos lleva a vete a saber dónde. Luján para el balón contra el suelo, levanta la cabeza y se toma el tiempo para respirar y disfrutar. Puede colocar la pelota donde quiere y, ahora sí, confiado y confiando, en el sexto gol decide hacer por la escuadra.

La claridad
Marcelo Luján
Páginas de Espuma, 2020
171 páginas, 17 euros

ENSAYO

El humanismo de Avicena es la solución

POR LUZ GÓMEZ

De Palestina/Israel o Israel/Palestina se ha escrito tanto que cualquier libro nuevo se enfrenta a un recelo que hace renegar al lector mejor dispuesto. Pero *Érase una vez un país: una vida palestina* no se suma al montón. Sin grandes aspasientos, traza una historia de Palestina hasta ahora no contada, o no contada de esta manera, lo cual es lo mismo. No defrauda Sari Nusseibeh, profesor de filosofía e infatigable activista, palestinólogo de muchos israelíes, siempre en primera línea política y casi siempre en la sombra.

Lo que Nusseibeh ha escrito después de muchos años de enseñanza, militancia y negociación es una autobiografía, un género que junto con los diarios, las memorias y la narrativa oral resulta fundamental en la preservación de Palestina, enfrentada al memorístico sistemático practicado por Israel desde su constitución en 1948. A la reescritura israelí de la historia, que afecta a lo colectivo y lo individual, lo material y lo simbólico, han tenido que hacer frente una y otra vez los palestinos, habitantes de una tierra de la que el sionismo pregona que no estaba habitada. Es un desafío al que todo intelectual palestino responde con su testimonio, como por ejemplo Raymonda Hawa-Tawil, Leila Khaled o Mahmud Darwish, por mencionar a algunos autores de la misma generación que Nusseibeh publicados en España.

La historia de vida de Sari Nusseibeh es muy personal, pero no por ello está menos llena de significados colectivos. En su caso, por ser hijo de una antigua familia jerosolimitana de la que se enorgullece y cuyas hazañas quiere emular, no sin ironía, en el siglo XX. Nacido en 1949, formado en Oxford y Harvard, regresó a Jerusalén en 1978 y se integró como profesor en la joven Universidad de Birzeit; posteriormente fue rector de la Universidad Al-Quds durante 20 años, institución palestina icónica de Jerusalén y por ello cada día más estrangulada.

Desde un punto de vista histórico, quizá lo mejor de este libro lleno de detalles sea el recorrido por los años ochenta en Cisjordania, un momento decisivo pero mal estudiado, pues entonces cobró forma el conflicto en los términos que hoy conocemos: la expansión de las colonias, la judaización de Jerusalén, la formación de una nueva generación de políticos palestinos, el protagonismo popular materializado en la Primera Intifada, la desinhibición de la represión israelí, la obsolescencia de la OLP, la deriva autoritaria de Al Fatah, la religiosización de las partes. Es

también el tiempo que culmina con los Acuerdos de Oslo y su solución de dos Estados, una opción por la que medió Nusseibeh fervorosamente cuando aún nadie quería hacerlo, y de la que él mismo dudó llegado el siglo XXI.

Si bien Nusseibeh aborda con desparpajo los principales sucesos y protagonistas de la historia de Palestina/Israel (dos recomendaciones: sus incisivas pinceladas del santurrón Simón Peres y el retrato filial de las astucias de Arafat), lo más singular de la obra queda, sin embargo, al margen de la historiografía. Consiste en la actualización continua de un humanismo aviceno como fórmula particular y pública de afrontar el futuro. Nusseibeh, profesor impenitente de filosofía, está convencido de que en la teoría de la voluntad de Avicena (que es básicamente una función dinámica, mal comprendida en Oriente y en Occidente, y en el siglo X como en el XX) se halla la clave para resolver la lucha de identidades desatada tras el robo de la tierra palestina. Porque, según recuerda, todos podemos cambiar un estado de cosas que parece irreversible, "todo lo que necesitamos es fe, amor y una visión moral".

Érase una vez un país: una vida palestina
Sari Nusseibeh

Traducción de Montserrat Bermúdez Bausela
Berg Institute, 2020. 608 páginas, 24 euros